

ALBERTO GAINZA PAZ *

por el Académico PRESBITERO DR. CARLOS CUCCHETTI

Para despedir los restos del doctor Alberto Gainza Paz, el presbítero doctor Carlos Cuchetti pronunció en la Recoleta la siguiente oración fúnebre:

Por una honrosa distinción de la señora esposa del doctor Alberto Gainza Paz y el consentimiento de sus hijos, subo a esta cátedra, trascendente por su significado, para expresar los sentimientos de sus innumerables amigos del país y del extranjero, y de los colaboradores del gran diario argentino "La Prensa".

Creí que en la tumba de mis padres y ante el altar de mi fe, se había secado la fuente de esas lágrimas que son sangre del alma. Pero hoy, ante los restos mortales de un jerárquico amigo de todas las horas, como lo fuera el doctor Alberto Gainza Paz, no sé a ciencia cierta, si subo a esta tribuna impulsado por mis sentimientos espirituales o por la fuerza ejemplar de su conducta cívica. La grandeza de un solo hombre, basta a veces, para salvar la honra de un pueblo. Tal fue su grandeza. Pareciera ser necesario el paso a la eternidad, para formular un juicio justiciero de los valores humanos que se proyectan en la vida nacional.

Los límites y el decoro de mi investidura me imponen mesura en el elogio, deteniéndome en demostrar las cualidades diamantinas de su gran espíritu.

Pero si me permiten parafrasear los versículos bíblicos que sintetizan su fisonomía espiritual terminó su vida dejándonos un ejemplo de fortaleza moral.

* Única oración fúnebre pronunciada al inhumarse los restos del Dr. Alberto Gainza Paz, el 28 de diciembre de 1977.

Es ley sagrada que la suprema medida del bien sea el sacrificio. De ahí que ninguna de las grandezas humanas inspire mayor respeto y admiración que las purificadas por la majestad soberana del dolor, corona de la vida, de la ciencia y del arte. Y en la vida del doctor Gainza Paz, corona de eximias cualidades de hombre y de ciudadano.

Seamos jueces de nuestros recuerdos. ¡Qué fácil nos resulta hoy ante su féretro, creer en sus creencias cívicas, en su heroico patriotismo y en su redentora noche de Getsemani convertida en el monte de su transfiguración! ¡Qué conmovedor me resulta levantar mi voz, después de la intimidad venturosa de sus confidencias, veladas siempre por el pudor de sus sentimientos!

De su sombra de hoy, brota la luz del ayer. El ayer de su gran diario "La Prensa", que vigila el mañana con su ausencia presente.

La cátedra de sus editoriales, al resplandor de su luz, seguirá iluminando el horizonte aún incierto de la República.

En donde está su espíritu se juntarán las águilas del pensamiento, como lo fueran don Ezequiel Paz, Luque, Gollan, Navarro Lahitte y tantos otros, y en camino a su encuentro Alfonso de Laferrère.

"La Prensa", "Su Prensa", insorbonada e insobornable pertenece ya al tesoro de nuestra historia. Desde su cátedra mostró a la República y a sus gobernantes sus deberes y el límite de sus derechos.

En los años envueltos en tinieblas de muerte y corrupción, corrió el velo engañoso que los encubría, mostrándole a la Patria los abismos insondables del mal y sus concupiscencias. "La Prensa" fue un permanente examen de conciencia para la República.

Frente a comprometidas decisiones, sostuvo con la dignidad de un magistrado la "libertad de prensa", poniendo un sello de firmeza a la moderación.

No empleó jamás la suavidad de la vestidura blanca, a la que Bossuet llamara "más escandalosa que la desnuda aspereza de la verdad, aunque ella pareciera descarnada. Porque la hora de la justicia es la hora de Dios".

Bien pudo escribir en uno de sus editoriales: "Hoy nuestra reprobación es hija de nuestra conciencia moral, en adelante será también la corona de nuestro honor". "Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia". De

ahí que el día del cierre de "La Prensa", fuera un día de duelo nacional.

En su lucha la serenidad fue prenda de victoria. Descolló por la precisión de sus ideas; por el brillo sobrio de sus editoriales y por la firmeza de su valor cívico.

Pudo grabar en mármol las únicas palabras que mostraban al pueblo los sumos sacerdotes de la ley antigua: "Libertas et Dignitas", "Libertad y Dignidad".

Como las elevadas palmeras del desierto, su espíritu superior, destiló su escondida ternura, después que el hacha del leñador dañara su corteza. Su innata cortesía y su exquisito trato suavizaban su carácter aparentemente alejado del prójimo. No se puede suprimir la memoria de los grandes hombres por los caracteres de su psicología. Dejaríamos desierto el templo de la gloria.

A la raza de hombres a la que pertenecía el doctor Alberto Gainza Paz, las naciones y los pueblos deben el acervo y la defensa de sus instituciones.

La libertad, el orden, la Constitución, la ley, la justicia, las fuerzas armadas como las fuerzas vivas de la Nación, pueden acercarse hoy a ofrendarle sus coronas como merecido homenaje. Y ¿por qué no? la misma Iglesia, agradecerle su abierta y franca lucha contra sus enemigos externos e internos.

Bien puedo aplicarle a su persona y a su diario "La Prensa", el versículo de Isaías: "Yo suscitaré al varón que colocará como fundamento de la ciudad la piedra angular, sólida, brillante e inmutable".

Cumplida su misión, celoso de sus íntimos sentimientos de conciencia, como el águila, orientó su mirada hacia la cumbre, en dirección a la luz que viene de lo alto.

La música fue su plegaria, mientras con sabia humildad invocaba el nombre del Señor.

Tuvo una compañera ideal, quien con su fe y su amor entrañable le ayudara a aliviar sus preocupaciones, sus luchas y peligros, como a celebrar con mesura sus éxitos. Séame lícito decir su nombre: Elvira Castro de Gainza Paz.

Doctor Alberto Gainza Paz: Distinguido amigo de todas las horas. El mármol podrá perpetuar vuestra figura, pero el recuerdo será más cálido y viviente.

Permitidme recordaros la inscripción del epitafio del gran estadista americano y que leáis en el cementerio de

la "Trinity Church" de Wall Street de New York y que comentáramos en muy cercana oportunidad. La lápida reza: "En testimonio de respeto, por el patriota de incorruptible integridad, el soldado civil de demostrado valor y el estadista cuyo talento y virtud serán admirados por la posteridad agradecida, mucho tiempo después de que este mármol haya sido reducido a polvo". Sobre esta lápida deposito hoy mi oración como una gloriosa palma.